

La cursi bicicleta y el distinguido automóvil, el beneficioso teléfono y el inútil gramófono, no son ajenos á la evolución del teatro. Gracias á ellos, gracias á los sentimientos y sensaciones que inspiraban ellos, grandes é inconscientes modificadores del vivir cotidiano, los autores pensaron en reducir y simplificar las obras escénicas que brotaban de sus meollos ó que traducían del francés haciéndolas pasar por originales é inéditas, en vez de diluir en varios actos difusos, temas que solo daban materia para uno.

Se dirá que, con esto, convertían el arte teatral en un arte de estira y encoje, en un arte de acordeón. Lo cual es un hecho innegable que tiene manifestaciones en otras ramas de la belleza.

Los pintores, por ejemplo, siguiendo las corrientes más en boga durante una época, chafarrinan telas longitudinales cuya instalación requiere salones construídos *ad hoc*, pues los lienzos de pared de los aposentos ordinarios son insuficientes para contenerlas. Los cuadros se valoran atendiendo á su tamaño. Pero llega un momento en que el público se cansa de tender su mirada por aquellas inmensas superficies policróneas. Pide que los pintores concentren sus figuras en espacios reducidos. Entonces, lo pequeño, lo achicado, se entronizan.

Los arquitectos en un momento dado, persiguen la simplicidad de ornamentos en el decorado de macizos y vanos. El conjunto presenta una solidez compacta y una sobriedad vigorosa. Pero los ojos se fatigan de esta sencillez y reclaman algo donde puedan distraer su vista cuando la pasean por las sábanas de la fachada pétreá. Entonces se centuplican los motivos ornamentales, los medallones, los resaltos, las líneas y molduras de los tipos más diversos; entonces, hay un retorno á un churriguerismo desenfrenado.

Estas variaciones son impuestas por el público, que es quien paga y quien pide cosas, que le agraden, que se hallen de acuerdo con su complejión espiritual, con su cultura, con las exigencias de la moda. Tócale al artista creador dar gusto al público, aún imponiendo, á veces, un sacrificio á su escrupulosidad de conciencia, porque, por lo general, es un bohemio que, con tanto derecho á la vida como el que más, encuentra dificultades innumerables para triunfar en ella si se obstina en no dejar los carriles en que le encauzaron sus amores al ideal áureo de sus sueños.

El músico, en España—y al escribir «músico» no me refiero á los ejecutantes de obras pródigas en dificultades mecánicas ni á los compositores, por *sport* y vanidad, de valsos Bostón, sino á los artistas creadores—el músico, en España, decía, sabe las excelencias del género sinfónico y las excelencias del drama lírico; pero sabe también que, dedicando sus facultades á la producción de tales obras, jamás contará con dos pesetas, pues jamás se las dará el público español á cambio de oír malabarismos orquestales y complijidades contrapuntísticas. Para dar fin á su bohemia trashumante de hambriento estafalarario, cualquier día decide arrinconar sus proyectos de construir maravillosos poemas sinfónicos que dormirían el sueño de los justos eternamente, y se resuelve á escribir, para el teatro por horas, obritas de proporciones más restringidas y de alcance más limitado.

Y como lo pequeño, cuando es malo, no debe su inferioridad á su pequeñez sino á su falta de bondad, y como lo pequeño puede ser más grande que lo grande y lo es de hecho—sin paradoja—muy frecuentemente, nuestro género chico, que nos sirve cantidades inmensas de bazofia musical inservible, nos ofrece, asimismo, algunas obras—no muchas—á las que no debemos escatimar su grande valor por su tendencia nacionalista ó porque flota en ellas la inspiración fácil, jugosa y lozana de sus autores. Chapí, Vives, acuden á mi pluma. Ellos, al cultivar con éxito lo pequeño, sacrificando sus tendencias á la concepción de obras amplias, de anchos horizontes y de proporciones vastísimas, han probado que se puede ser proveedor de un arte chico—por sumisión al imperativo ineludible del *struggle for life* darwiniano—y se puede mantener incólume la castidad de sacerdote de Belleza.

José SUBIRÁ.